

ISABEL COELLO

Entrevista a Roméo Dallaire,<sup>1</sup> comandante de la Misión de Naciones Unidas de Asistencia a Ruanda (UNAMIR) durante el genocidio

# Ruanda, la herida abierta de un fracaso de la humanidad

Hace diez años, Ruanda se sumergía en una de las tragedias más dramáticas del siglo XX: el genocidio de 800.000 miembros de la etnia tutsi y de hutus moderados en tan sólo 100 días de 1994. El general canadiense Roméo Dallaire, comandante de la Misión de Naciones Unidas en el país (septiembre 1993 - agosto 1994), fue testigo de la barbarie y de la indiferencia. El desastre de la anterior intervención internacional en Somalia desmotivó la acción de la ONU en Ruanda. Dallaire diseñó un plan de intervención dotado con 4.000 soldados con el que aseguró que podía parar las masacres, pero éste fue rechazado. Años después, estudios de varias escuelas militares afirmaron que el plan era realista y hubiera, en efecto, parado el genocidio. Pero entonces, Dallaire debió conformarse con una fuerza — reducida a sólo 450 hombres mal pertrechados— con la que logró salvar la vida de unas 20.000 personas. Su experiencia en Ruanda le costó una crisis traumática que todavía hoy acusa. Diez años después, decidió contar dicha experiencia en un libro: *Shake hands with the devil. The failure of Humanity in Rwanda*.<sup>2</sup> A sus 58 años, Dallaire es considerado un héroe en Canadá, y su libro es un *best-seller*, pero él todavía lucha día a día con sus fantasmas.

Isabel Coello es periodista, corresponsal de la Agencia Efe para África Oriental, con sede en Nairobi

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada en París en febrero de 1994.

<sup>2</sup> *Shake hands with the devil. The failure of Humanity in Rwanda*, Random House Canadá, octubre de 2003. Edición en francés: *J'ai serré la main du diable*, Libre Expression, 2003.

**Pregunta: Cuando le nombran comandante de la Misión de la ONU de Asistencia a Ruanda (UNAMIR), al frente de 2.500 cascos azules, usted está convencido de que puede ayudar al país. ¿Qué fue mal?**

**Respuesta:** Cuando en agosto de 1993 hice la valoración inicial de la misión para determinar si era posible ayudar a los ruandeses con su acuerdo de paz,<sup>3</sup> vi que había suficiente optimismo y buena voluntad, y que militarmente era viable. Escribí un informe al Consejo de Seguridad para proveerme con un mandato. Sin embargo, lo que los ruandeses querían era un mandato de un metro de largo, pero a medida que el documento iba moviéndose por la cadena de órganos de la ONU fue haciéndose más restrictivo y terminó en un mandato de medio metro. Yo debía intentar maximizar dicho mandato para asistir a las partes en su camino a la paz. Estaba ahí como un árbitro más que como alguien que debía poner en práctica el acuerdo. Según el Capítulo VI (de la Carta de Naciones Unidas), no me estaba permitido tener capacidad ofensiva, pues sólo podíamos usar la fuerza en defensa propia, y tampoco podía crear una red de inteligencia. Teníamos que ser totalmente transparentes y contar con la buena voluntad de ambas partes para proveernos de información si había un problema.

Los elementos moderados en el Gobierno tenían buena intención, el Frente Patriótico Ruandés (FPR) también, pues el acuerdo de paz les había dado enormes ventajas y querían que funcionara. Quienes no querían eran los que no habían firmado o habían firmado bajo presión, y era evidente que quienes pertenecían a esa línea dura se habían infiltrado en otros partidos, partidos emergentes, para dividirlos en dos facciones, los partidarios de la línea dura y los moderados. Ahí comenzó el *impasse*. Los extremistas querían garantizarse al menos ocho votos en el nuevo Gobierno para, de acuerdo con la Constitución, poder vetar cualquier ley. Veían lo que había ganado el FPR: ministerios importantes, la jefatura de la Gendarmería, posiciones desde las que podían decidir perseguirles judicialmente. Además, no se había firmado ninguna amnistía ni al presidente se le garantizaba una amnistía, por lo que el FPR se llevaba todos los “tesoros” y ellos podían ser encarcelados un día después de la formación del Gobierno. Según su análisis, cualquier otro partido que no fuera el suyo Movimiento Revolucionario o Nacional para el Desarrollo (MRND) era favorable a los tutsis.

**P: Usted tuvo conocimiento desde meses antes del genocidio de que éste se estaba preparando.**

<sup>3</sup> El acuerdo de paz de Arusha fue firmado en agosto de 1993 por el Gobierno del presidente Juvenal Habyarimana, -quien gobernaba Ruanda desde que tomó el poder en un golpe de Estado en 1973- y el movimiento rebelde Frente Patriótico Ruandés (FPR), compuesto fundamentalmente por tutsis que habían crecido en el exilio al que huyeron tras las primeras olas de masacres contra su pueblo que precedieron y siguieron a la independencia en 1962. El FPR invadió Ruanda desde Uganda en 1990, y la presión internacional forzó a Habyarimana a negociar y llegar a un acuerdo con los rebeldes en el que accedía a compartir el poder con ellos. El nuevo Gobierno con presencia del FPR no llegó a formarse nunca. El acuerdo, que contaba con la oposición de los elementos más extremistas del régimen de Habyarimana, se vino abajo con la muerte del presidente, cuyo avión fue derribado el 6 de abril de 1994 cuando se aproximaba a la capital ruandesa, hecho que marcó el comienzo del genocidio y la reanudación de los combates entre el Ejército ruandés y el FPR.

**R:** Sí, pero debido a que por mandato no podía tener una red de inteligencia y recibía información de las dos partes, mucha de esa información no podía ser corroborada, pues los informantes venían sin pruebas. Yo no podía actuar sin éstas pues habría sido exceder mi mandato y mostrar favoritismo por una parte. Pero hubo un informante que nos proporcionó pruebas, su nombre codificado era Jean Pierre. A diferencia del resto, nos dio muchos más detalles de lo que estaba ocurriendo pues decía estar en la jerarquía de la Interahamwe [la milicia juvenil del partido extremista MRND]. Lo hayamos extremadamente creíble, aunque sólo pudimos verificar parte de lo que nos dijo, como los lugares donde se escondían armas.

**P: ¿Qué fue lo que les comunicó el informante?**

**R:** De forma resumida, que se estaban redactando listas de tutsis y de hutus moderados para exterminarlos. Que había reclutamiento y entrenamientos masivos en la milicia extremista Interahamwe, y que su objetivo operacional era ser capaz de matar a 1.000 tutsis cada veinte minutos. Nos dio información detallada sobre escondites de armas, cómo eran transportadas, matrículas, nombres de importantes extremistas que poseían armas. También nos dijo que los belgas (casco azul, miembros de la fuerza de la ONU) iban a ser objetivo de acciones para llevarles a un escenario en el que tuvieran que utilizar la fuerza en defensa propia y a continuación serían asesinados. Con dichas víctimas, dado el precedente de Somalia, los belgas retirarían su contingente, la misión entera se retiraría a continuación y ellos tendrían vía libre.

**P: El 11 de enero de 1994, usted informa de ese testimonio a sus superiores y pide permiso para interceptar un escondite de armas. ¿Por qué no pudo actuar entonces?**

**R:** Recibí órdenes directas de no llevar a cabo esa operación. Nueva York (la sede central de la ONU) estaba todavía asustada debido a la retirada de Somalia de los estadounidenses unos meses antes tras la muerte de 18 soldados. Nadie quería arriesgar las vidas de sus tropas en África, ni en un país que no tenía ningún valor estratégico y que no afectaba a su seguridad. La ONU actuó de acuerdo con las reglas impuestas por el Consejo de Seguridad, es decir, los cinco miembros permanentes, y me comunicó que me estaba saliendo de mi mandato. A partir de ahí pasaron seis semanas de extensas negociaciones para otorgarme la autoridad de conducir este tipo de operaciones para desestabilizar a los extremistas. El 1 de abril de 1994 pudimos finalmente hacer la primera redada para interceptar armas.

**P: Es más, le dicen que informe de inmediato al presidente ruandés, Juvenal Habyarimana, es decir, el jefe del partido que estaba detrás de los entrenamientos.**

**R:** Así es, y como resultado, Jean Pierre nos dijo que después de que advirtiéramos al presidente de que tenía un par de días para solucionar la situación, la reacción del partido MRND fue acelerar la distribución de armas.

**P: En su libro sostiene que los extremistas conocían mejor a Occidente de lo que Occidente se conocía a sí mismo. ¿Se refiere a que sabían que la muerte de los cascos azules belgas desencadenaría la evacuación de la misión?**

**R:** Bueno, tenían suficiente información con las pérdidas en Somalia y los temores que EEUU difundió por el mundo para cubrir su decisión de abandonar a los cientos de miles de somalíes a los que habían prometido ayudar. La ONU estaba bajo una enorme presión por parte de los países miembros para que no permitiera que algo así sucediera de nuevo. Al final, todo lo que dijo Jean Pierre ocurrió.

**P: Así, cuando comienzan las matanzas el 7 de abril, diez soldados belgas que protegían a la primera ministra Agathe Uwilingiyimana (una moderada) son asesinados con ella y Bélgica retira su contingente, el más grande y mejor preparado de su misión.**

**R:** Sí, y para el 27 de abril la misión entera fue reducida a 450 soldados. Pedí más tropas y la respuesta fue negativa. Nadie estaba interesado en venir a Ruanda y arriesgarse a sufrir víctimas. A nadie le interesaban unos riesgos que podían tener consecuencias políticas para sus Gobiernos por la potencial reacción de la opinión pública. Pero, sobre todo, no querían venir porque Ruanda no contaba. No había nada de valor estratégico, el país estaba ya superpoblado, y, como me dijeron a la cara una vez, “ya sabe, general, allí no hay nada excepto gente”. Lo que, al menos según mi extrapolación, es como decir: “son negros, es un tema tribal, siempre se han matado, así que déjeles que lo arreglen y nosotros recogeremos los restos”. Ello era contradictorio con la reacción ante lo que estaba ocurriendo en Yugoslavia. También allí era “tribalismo”, aunque nos guste decir que era más sofisticado porque había una historia de religión detrás y la gente tenía estudios, pero el resultado era el mismo: masacraban a gente inocente.

Ahora bien, si quienes causan estragos son europeos, blancos, es intolerable, no sólo por razones de seguridad sino porque humanamente es percibido como intolerable. Pero si las víctimas son 800.000 ruandeses, africanos negros, entonces no pasa nada. Eso me llevó a la conclusión de que no todos los humanos son igual de humanos, algunos son más humanos que otros. Algunos cuentan más y la comunidad internacional reacciona exactamente así. Hubo más gente muerta, herida, desplazada interna y refugiada en Ruanda en cien días que en seis años de guerra en Yugoslavia y mientras se llevaban miles de tropas a Bosnia y se destinaban miles de millones de dólares en ayuda, yo no pude ni siquiera mantener mis tropas en el terreno. El mundo abandonaba a Ruanda.

**P: ¿Cuántas tropas pidió?**

**R:** En los primeros días, 4.000. Pero hacia el 11 de abril se hizo evidente que nadie quería apoyar nuestra misión ni reforzarla. Bajo la influencia de los belgas, cuyo argumento era que nos matarían a todos y que lo mejor que podíamos hacer era evacuar completamente y dejar que los ruandeses hicieran sus cosas, Boutros Ghali, entonces Secretario General de la ONU, ordenó que evacuáramos y yo me negué.

Sin embargo, lo que estaba pasando era que las naciones que habían proporcionado las tropas les ordenaban que se mantuvieran escondidas hasta ser evacuadas, por lo que no podía usar muchas fuerzas porque tenían orden de sus países de no hacer nada. Así las cosas, propuse una misión reducida que pudiera quedarse para negociar un alto el fuego, proteger los cinco lugares en los que teníamos a 20.000 personas bajo nuestra protección, intentar hacerles llegar ayuda humanitaria y constituir una base operativa en caso de que se decidieran enviar refuerzos. Ofrecí tres escenarios con 1.200, 600 y 270 soldados y EEUU se apuntó a éste último. No querían ni un soldado allí, pero accedieron a dejar 270, y mis tropas fueron evacuadas rápidamente. Si finalmente mantuve 450 soldados fue porque necesitábamos conductores para transportar la ayuda y las medicinas. Y con eso me quedé.

Más tarde, cuando ya se había aceptado que se trataba de un genocidio y se barajaban posibles opciones para incrementar la fuerza, yo dejé claro que lo que necesitaba eran tropas en el terreno en una semana y por lo tanto tenían que ser tropas bien entrenadas, de potencias occidentales. La respuesta de los grandes poderes, incluso entonces, fue: “nosotros no, quizá ayudemos con el transporte, pero dejemos que sean los africanos quienes resuelvan un problema africano”. Terminé con un batallón etíope que no tenía ninguna experiencia en una misión de este tipo y que acababa de salir de una guerra civil. Por no hablar de que las primeras tropas de la fuerza de 5.500 soldados que [el Consejo de Seguridad] aprobó el 17 de mayo no llegaron hasta la primera semana de agosto. Ese es el tipo de apoyo que recibí.

**P: ¿Por qué no dimitió?**

**R:** Bueno, tenía tres opciones. Una, ordenar la completa retirada de la fuerza por mi cuenta. Aunque no tenía autoridad para ello podría haberlo hecho, es decir, estaba lejos de Nueva York, en el terreno, así que podía hacerlo. Otra opción era dimitir. Y la tercera quedarme y aguantar.

Ahora bien, si yo retiraba las tropas les hacía el juego a los extremistas, que no nos querían allí, les hubiera dado vía libre para actuar por su cuenta y llevar a cabo el genocidio, sólo que mucho más rápido. Ya sabíamos que eso era lo que querían así que de ningún modo íbamos a darles esa satisfacción, al menos de mí no la iban a obtener.

Segunda opción, dimitir. Si un comandante que tiene la confianza de sus tropas dimitir porque percibe la situación como imposible, yo eso lo considero abandonar a sus tropas en el campo de batalla. Si mis tropas han dejado de confiar en mí o yo siento que soy un incompetente, entonces sí, la dimisión sería totalmente apropiada. Pero, de ningún modo, sólo porque el trabajo es extremadamente difícil y las condiciones casi imposibles, puede eso cimentar la decisión de un comandante de abandonar la misión. Para mí, aunque la misión era muy compleja y difícil, esa opción estaba completamente descartada.

**P: ¿Se sintió apoyado por sus jefes inmediatos en el Departamento de Operaciones de Pacificación de la ONU (DPKO)?**

**R:** Mis jefes estaban muy preocupados porque nos quedábamos, aunque no

discrepaban con mi obstinación por no marcharnos. De hecho, sentían que era una postura moral a tomar. En lo que tenían problemas es en que todo el mundo les decía que me ordenaran salir y abandonar a su suerte a los ruandeses. El DPKO nunca me ordenó eso. Boutros Ghali y el Consejo de Seguridad sí, pero ellos no, y lo agradecí, pues hubieran obtenido como respuesta un no rotundo. Colaboraron intentando extender el concepto de genocidio, y me ayudaron a desarrollar mi plan de refuerzo de tropas, ya que para el 29 de abril, Boutros Ghali había reconocido que se trataba de genocidio y en otros diez días lo hizo el Consejo de Seguridad.

**P: ¿Qué responsabilidad atribuye a sus jefes directos?**

**R:** Mi jefe último era el Consejo de Seguridad. Y dentro del Secretariado, el Secretario General. Así que si nada se movió no era por el personal del DPKO, era más por Boutros Ghali y el Consejo de Seguridad, que no querían vivir con la responsabilidad de que pasara algo, y crearon una atmósfera de “no queremos víctimas, no queremos implicarnos en otro altercado en África, ya hemos tenido suficiente con la debacle de Somalia, así que encuentren soluciones para sacarnos de ahí y no nos agobien con las complejidades del problema y la necesidad de aumentar el apoyo”. Es decir, a nadie le importaba que los africanos se mataran entre ellos.

**P: ¿Qué sintió cuando Kofi Anan, ya como Secretario General de la ONU, recogió el Premio Nobel de la Paz?**

**R:** Bueno, el premio fue para los soldados de las misiones de mantenimiento de la paz de la ONU, y él fue a recibirlo en su nombre. Me pareció muy bien, no tengo ningún problema con eso en absoluto. Le considero una persona muy honesta y humana, muy comprometida con la mejora de la humanidad. Él cometió errores, yo también, muchos países no llegaron a cometer errores porque simplemente decidieron no hacer nada y son los que tienen la responsabilidad última de crear esa atmósfera de no intervención.

**P: Sí, pero no deja de ser irónico que fuera el ex responsable del departamento encargado de una misión que usted califica de “fracaso de la humanidad” quien recogió el premio.**

**R:** Pero lo hacía en representación. Mire, en 1994 había 17 misiones de paz de la ONU en el mundo. Muchas fueron un éxito. En Camboya, mucha gente fue salvada y la nación reconstruida. De acuerdo, tuvimos un fracaso catastrófico en una misión que no tenía absolutamente ninguna prioridad y que a nadie le importaba. ¿Cómo podía Anan trabajar en esas circunstancias? ¿Se inventa las tropas, se inventa el dinero? Nadie quería darnos presupuesto. Así que, aunque había buena voluntad, se encontró con que no había ningún deseo de proveernos con nada, literalmente nada.

En lo único que puedo ver una debilidad por su parte, al igual que por la mía, es en que no actuaron a partir de la información que les llegaba. Y una de las razones era que yo era percibido como demasiado agresivo, una especie de *cowboy* dispuesto a asumir riesgos en un momento en el que nadie quería asumirlos

debido a lo ocurrido en Somalia, y que sobrepasaba mi mandato. Jacques-Roger Booh-Booh, el Representante Especial del Secretario General (RESG) en Ruanda, que era mi jefe, daba informes mucho menos incendiarios que yo, y de hecho me decía, “resolver estas cosas lleva su tiempo”. Si te están llegando dos versiones tan diferentes del terreno, ve allí y aclárate, despídeme a mí, despide a Booh-Booh, o arréglalo. Ahí es donde yo veo el error. Nadie vino porque, de nuevo, no era una prioridad.

**P: Una noche de invierno, seis años después de abandonar Ruanda, le encuentran en un parque de Quebec borracho. ¿Cómo llega a ese estado?**

**R:** Me ocurrió lo que se ha visto que ocurre a un gran número de tropas que sirven en estas misiones muy complicadas en las que tienes muy poca autoridad para hacer nada, para parar crímenes contra la humanidad, y presencias estos crímenes y eres testigo de barbaries como nunca se han visto. Se llama Síndrome de Estrés Post Traumático y afecta a tu cerebro, un par de cables se funden; y también afecta a tu psiquis hasta el punto de que revives las escenas de los traumas. Y nosotros vivimos experiencias traumáticas varias veces al día durante meses así que había bastante acumulación de todo eso. Aunque yo, a mi regreso, hablaba mucho de Ruanda en conferencias, no estaba abordando el fondo del asunto, y estaba trabajando demasiado. La teoría entonces era: si trabajas mucho olvidarás. Pero es completamente falso. Lo cierto es que trabajar mucho te debilita y te hace más vulnerable al regreso de todas esas escenas terribles. En cualquier momento pueden aparecer, las desencadena un sonido, un olor, un ruido, cualquier cosa y te devuelven al lugar de los hechos. Porque las escenas no se borran, vuelven a tu cabeza con una claridad digital. Para borrarlas, o al menos intentar controlarlas, necesitas terapia profesional y en muchos casos medicación. Lo peor de todo es que al principio no te das cuenta de que lo tienes y te puede asaltar de pronto, seis meses después, un año, o cuatro. Y cuando llega te desborda y literalmente te derrumbas, no puedes leer, hablar o encontrarte con gente, eres un absoluto caso perdido.

**P: ¿Intentó suicidarse?**

**R:** Sí. Es todo parte de ello. Por eso no se me permitía estar solo ni podía haber alcohol en casa. Estaban esas imágenes en mi cabeza, pero también estaba la culpa, todo lo exacerbaba el hecho de que yo me considero responsable por el fracaso de la misión y considero que podría haber hecho más para convencer a la comunidad internacional de que se implicara. No lo logré y cientos de miles murieron y millones fueron desplazados y heridos. Y no puedes simplemente zanjear el tema con una afirmación como “bueno, hice todo lo que pude”. No funciona. Como comandante y por la forma en que he sido educado, si te dan una misión tu trabajo es llevarla a cabo con éxito y si fracasas es tu responsabilidad. Y así es exactamente como yo lo siento.

**P: Pero el resultado dependía de muchos procesos convergentes. Usted no podía ser militar, político, periodista y todo al mismo tiempo.**

**R:** Ya, pero quizá debería haber sido capaz de discernir eso mejor. El mandato

era claro. Estábamos allí para ayudar a los ruandeses estableciendo una atmósfera de seguridad que facilitara el avance del acuerdo de paz. No voy a hablar de mi jefe político y su papel, pero en lo que respecta al mío, no logramos esa atmósfera de seguridad, la gente fue puesta en situación de riesgo y en última instancia fallamos. Y sí, fueron los ruandeses los que querían matar y mataron a otros ruandeses, eso no lo puedes cambiar, y hay una génesis en todo ello que se remonta a la llegada del hombre blanco y de las potencias coloniales y todo eso, pero sí puedes, sin embargo, identificar que hay procesos y hay gente que decide en los procesos que puede ser influida. La cuestión es que, en mi opinión, yo no influí lo suficiente en esa gente como para lograr que el resultado fuera otro.

**P: ¿A quién más culpa?**

**R:** Para empezar, a EEUU y Francia porque ambos tenían perfecto conocimiento de lo que estaba pasando, no nos dieron la información para que pudiéramos reaccionar, dejaron muy claro que no iban a intervenir en Ruanda y tampoco ayudaron a nadie para que interviniera, todo puramente por razones de desinterés estratégico y completo desprecio por las vidas humanas negras africanas. Un funcionario estadounidense que me llamó para pedirme datos para algún tipo de planificación que estaba haciendo llegó a decirme que según sus cálculos hacían falta 85.000 vidas ruandesas para poder arriesgar la vida de uno de sus soldados. Es indignante. Y todavía George W. Bush, unas semanas antes de mandar sus tropas a Irak, dice: "No vamos a hacer lo que la ONU hizo en Ruanda. Vamos a intervenir", cuando fue su predecesor y toda su estructura quienes minaron toda posibilidad de ayudar a los ruandeses. Eso sí me indigna, y lo que más me enfada es que no haya un solo estadounidense capaz de plantarle cara y decirle que es un mentiroso.

**P: Usted pensaba que el mundo funcionaba de una manera y resultó funcionar de otra. ¿Qué pasó con sus creencias, con su sistema de valores, se desmoronó todo eso también?**

**R:** No, eso no, es como cuando la gente me pregunta si todavía creo en Dios. Nunca pensé ni por un momento que el planteamiento entero fuera un error. Creo que fueron los objetivos de diferentes grupos los que llevaron al fracaso, es decir, seres humanos dentro de procesos y estructuras. Y como tales son responsables, desde los ruandeses hasta los estadounidenses, que se negaron por completo a considerar implicarse en el país, básicamente porque no querían sufrir víctimas y al fin y al cabo a quién le importan los negros africanos.

Además, sí encuentro cierto consuelo en el hecho de que moralmente yo no me rendí, porque podría haberlo hecho durante las primeras 24 horas. A partir de ahí yo ya no tenía más mandato para el mantenimiento de la paz y si jugaba de acuerdo con las reglas que la ONU me imponía debería haber recogido mis cosas y marcharme con mis tropas. Sin embargo, opté por mantener una posición moral antes que abandonar a los ruandeses. Y siento que al menos fui capaz de mantener eso. Al final fracasé, pero eso no quiere decir que pueda permitirme pasar por encima de mis convicciones éticas y lo mismo con mi religión.

**P: La enfermedad es un buen recurso para trivializar un argumento, especialmente si es crítico. Todo lo que se “patologiza” se “despolitiza” porque quien habla es un enfermo. ¿Teme que eso ocurra con usted?**

**R:** Sí, es una inquietud, y ya lo pensé cuando fui a declarar al Tribunal Penal Internacional para Ruanda. Pero mi libro, por ejemplo, se atiene a los hechos, no es un viaje emocional en el que la razón se pierde. Muestra lo que pasó en el terreno y el hecho de que todo esto a mí me haya afectado es sólo una indicación del compromiso que teníamos con la misión y de lo que estas cosas pueden hacer a las personas que se implican. Si la gente intenta trivializarlo porque yo estoy enfermo, una especie de golpe de gracia para alguien herido, pueden ser acusados inmediatamente de ignorar los hechos, que son que 800.000 personas fueron masacradas y millones desplazadas y heridas, y no creo que nadie en el mundo puede desentenderse de eso.

**P: El sistema de operaciones de mantenimiento de la paz parece fallar desde la base. En su libro menciona los problemas con los límites del mandato, tropas que no le obedecen porque responden a órdenes de sus países, soldados sin formación —y a veces sin ni siquiera equipo— que llegan a misiones muy complejas. ¿Qué debe cambiar para evitar en el futuro desastres como el de Ruanda?**

**R:** Hay muchos aspectos de táctica que cambiar y gracias a Dios tenemos el Informe Brahimi,<sup>4</sup> que ha traído muchas modificaciones. Aunque hay que decir que el grueso de los cambios aún no ha sido puesto en práctica porque no hay dinero, o lo que es lo mismo, países con dinero no quieren dedicarlo a estas reformas. Algunos de estos países, en realidad, no necesariamente quieren que la ONU sea un organismo efectivo. EEUU es el ejemplo perfecto de eso, no quiere una ONU que vaya a ser otro actor importante en áreas donde no creen que es necesario.

Por otro lado, potencias medias como Canadá y países similares han estado sentados mirando el partido desde el banquillo durante demasiado tiempo y deberían ser mucho más activos dentro de la ONU y ofrecer a las grandes potencias más opciones, en vez de integrarse en coaliciones unilaterales que no hacen más que perjudicar al sistema. Es mejor tener a la ONU, que es todavía la única organización transparente e imparcial en el mundo, con todos sus defectos, o utilizar potencias medias para prevenir crisis e implicarlas en resolución de conflictos. Todo es parte de la evolución de la ONU, hay muchas cuestiones estratégicas que tienen que desarrollarse y no todas las reformas están vinculadas al dinero, también hay temas ligados a una actitud, un compromiso.

**P: Usted ha criticado a los países que sólo actuaron en su propio interés. ¿Cree que alguna vez eso dejará de ser la regla?**

---

<sup>4</sup> Ver un análisis sobre el Informe Brahimi en The Henry L. Stimson Center, “El Informe Brahimi y el futuro de las operaciones de paz de Naciones Unidas”, *Papeles de Cuestiones Internacionales*, primavera 2004, N° 85, pp. 117-130.

**R:** Sí, creo que sí, porque verdaderamente creo en los derechos humanos. Un amigo me dijo una vez: “¿pero cómo diablos crees que vas a conseguir algo así?” Y yo le respondí: “Bueno no espero que pase en los próximos 20, 30 ó 40 años, creo que va a llevar tiempo”. ¿Conoce el dicho de cómo se come una golosina de una tonelada? Mordisco a mordisco. Pues eso, tarde o temprano llegaremos. Creo que la comunidad internacional puede ser movilizada por potencias medias y de otras formas para que no actúe por su propio interés sino por la humanidad y los derechos humanos, pero también pienso que no va a ocurrir en diez años, puede que lleve siglos. Pero con mucho trabajo, un día no habrá más conflictos a causa de nuestras diferencias. Habrá muchas muertes en el camino y muchos esfuerzos increíbles por parte de mucha gente, pero ocurrirá.

**P.– Es usted un optimista.**

**R.–** Si no lo fuera estaría muerto.